

la nada del deleyte; tenemos algunos instantes de reflexión que nos matan; el corazón criado para una mas sólida felicidad se divierte, pero no se satisface; dá vueltas al rededor de las criaturas sin poder fijarse; lleva consigo á todas partes un peso de iniquidad y de tristeza, que le despierta en medio de las alegrías y diversiones; finalmente hallamos nuestro remedio en el mismo mal, el disgusto en la alegría, y solo experimentamos vivo deseo del deleyte en el instante que le precede.

Sobre este pie gira el mundo: Lo conocemos, nos quejamos, y con todo eso le amamos; nos familiarizamos con los pesares en que no podemos hallar alivio alguno; nos asustamos con sola la memoria de los santos rigores del Evangelio, en los que nos consuela la fé, nos mantiene la esperanza, y á los que suaviza la caridad. ¡ Ah! ¡ Si pudiera yo, Católicos exponeros aquí el corazón de un justo, y haceros ver aquellas castas delicias, aquella tranquila felicidad que acompaña á la inocencia? ¡ Qué secretos placeres no experimenta viviendo de la fé, mirandose como un extranjero en la tierra, y suspirando continuamente por su patria! ¡ Qué excesos de amor durante el curso de aquellas fervorosas oraciones, en que contemplando la fé con mas viveza, se acuerda de la eternidad, sin ver mas que de lejos la figura del mundo! ¡ Qué disgusto siente al salir de allí para asistir á las vanas alegrías de los mundanos! llora, se lastíma de su desorden, los mira como á frenéticos que se rien estando para morir, y como á reos destinados al suplicio, y que sin saberlo se regocijan quando los conducen á él.

Pero vosotras, Virgenes santas que me escuchais, ¡ cómo pudierais explicar esta doctrina mejor que yo! Vosotras que estais instruidas en las castas delicias que acompañan á la inocencia y á la piedad, ¡ qué maravillas no descubriríais de la gracia? ¡ Qué podría oponer

ner el siglo á un exemplar de tanto consuelo? ¿Quedarían confundidos los frívolos pretextos que tantas veces se alegan de la edad, del sexo, del nacimiento, pues vemos aquí la edad mas tierna, el sexo mas delicado, el mas distinguido nacimiento, añadir rigores á los rigores del Evangelio, y hallar en el santo ejercicio de las religiosas virtudes, dulzuras mas verdaderas que las que puede ofrecer todo el mundo á sus mas declarados partidarios.

Ahora es quando yo quiero confundir la iniquidad con la iniquidad misma: ¡ Un hombre entregado á la ambición se acobarda acaso por las dificultades que halla en el camino? Parece otro hombre, se transforma, fuerza su natural, y le sujeta á su pasión; aunque sea de un natural vano y soberbio, se le vé con ademanes de timidez y sumisión; sufre los caprichos de un Ministro, procura merecer con mil ruindades la protección de un subalterno de manejo, y se degrada hasta querer ser deudor de su fortuna á la vanidad de un criado, ó á la avaricia de un esclavo; aunque sea vivo y amante de las diversiones, gasta enfadosamente en las antecámaras, y en seguir á los grandes, el tiempo que en otra parte le prometia mil placeres; aunque sea enemigo del trabajo y de la molestia, cumple con empleos penosos; se priva, no solamente de sus comodidades, sino tambien de su sueño y de su salud por cumplir con ellos; finalmente, aunque sea miserable, se hace liberal, y aún pródigo; todo lo inunda con sus dadas, y paga con sus liberalidades hasta la afabilidad y miradas de un criado.

Un hombre entregado á una amistad profana, bien lo sabeis, en nada halla obstáculo; nada le cuesta trabajo quando se trata de satisfacer su pasión; las mismas dificultades le sirven de gusto, le estimulan y avivan; solamente en el negocio de la salvación es en el que nos acordamos de que somos flacos, y en el que

que hallamos montañas inaccesibles.

¡Ah Católicos! el sensual, el ambicioso se levantarán contra nosotros en el día del Señor, y con la memoria de los trabajos que padecieron por satisfacer su antojo, non confundirán en el Tribunal de Jesu Christo acerca de las excusas que alegamos para justificar nuestra flaqueza.

Digamonos, pues, desde ahora á nosotros mismos lo que aquella voz del cielo decia en otro tiempo á San Agustin, acobardado como nosotros con la dificultad de su salvacion: *¿Tu non poteris quod isti, & iste?* ¿Por qué no he de poder yo hacer lo que otros muchos antes de mí han hecho, y aún están haciendo todos los días? ¿Me he de quedar yo, ó Dios mio, aprisionado en el mundo, y dejándome arrebatar de la corriente, quando á mi presencia veo á algunos que se libertan del naufragio, y caminan con felicidad ácia el puerto? ¿No sois Vos mi Dios como el suyo? ¿No salió mi alma de vuestras manos, y fue lavada con la sangre de vuestro Hijo? ¿No tengo yo la misma esperanza? ¿No soy yo llamado á la misma herencia? ¡Ah! solamente mi cobardía es quien me impide el que os siga; mil veces vuestra gracia me ha hecho dar el primer paso, pero deteniendome por leves obstaculos, me he vuelto á mis caminos. Mandadme, Señor, otra vez que vuelva á Vos, pero mandadme con aquella voz fuerte y poderosa á que no resiste la dureza de un corazon; y como Pedro, despojandome de todos estos vestidos que me estorvan y detienen, libre y desembarazado, iré á juntarme con Vos, aunque sea atravesando las olas del mar: Sí, Señor, iré atravesando las borrascas del siglo, en donde son tan resbaladizos los escollos, tan frequentes los naufragios, y tan difícil la salvacion.

TERCERA PARTE.

EL mundo está sujeto á otro error en orden á la dificultad de la salvacion, muy distinto del que acabo de impugnar; y este error, aunque mas disimulado, es no obstante mas universal, y menos facil de corregir; y consiste en que, aunque hay sugetos á quienes asusta la severidad de las leyes del Evangelio, y les impide el que entren en el camino que conduce á la vida; como acabamos de ver, hay tambien algunos que quieren persuadirse á que la salvacion no encierra tan grandes dificultades; estos sugetos, habiendo nacido con un genio pacífico é igual, no creen hallar en el Evangelio nada que se oponga demasiado al amor propio: forman un plan de virtud en el que, con nombres disfrazados, entran la ambicion, el luxo, el regalo, la vanidad, y otras pasiones aun mas delicadas; su buena conducta consiste mas en huir del mal, que en practicar el bien; y viviendo tranquilos acerca de su salvacion, lloran el desorden de los pecadores que reusan el salvarse casi á menos costa que otros se condenan; ilusion bárbara, injuriosa á la Cruz de Jesu-Christo, y que voy á confundir tambien con el exemplo de Maria.

No examina la Señora si se puede llegar á la ciudad de Judá por caminos menos asperos y fatigosos; escoge, sin detenerse, el mas penoso, y en las mismas dificultades halla su seguridad; esta es la instruccion que dá Maria con su exemplo á los que quieren llegar á la celestial Jerusalén por caminos comodos y llanos, sin pasar por las montañas santas sobre que está fundada. Desengañémonos, Católicos, es necesario, que el salvarnos nos cueste trabajo, y el reyno de los cielos solo será premio de las continuas violencias que exercitemos con nosotros mismos. No obstan-

te, el mundo está lleno de estas falsas máximas en materia de religion. La austeridad de los claustros es santa, dicen algunos, pero no sería razon obligar á ella á los que no llama el cielo por este camino; en la casa del Padre Celestial hay muchas moradas, y de no merecer las primeras no se sigue que debamos ser excluidos de todas las demás, pues finalmente hay algunos honestos placeres que no nos prohíbe el Evangelio.

Y fundada en este principio una muger que no viola la fé conyugal, que no juega juegos excesivos, que se abstiene de ciertos excesos que son reparables entre la gente bien criada, que en sus conversaciones no excede los límites de aquella vergüenza que tan bien parece en su sexo, que asiste al Templo los dias festivos para participar en él de la Sagrada Carne del Cordero, que exerce algunas liberalidades en alivio de los miembros de Jesu-Christo, ya vive tranquila en orden á su salvacion, ya no tiene que reprehenderla el Confesor, y por mas revestido que esté de la autoridad de Jesu-Christo, no sería bien recibido si quisiera desconcertar este método de vida: Pero esta misma muger es delicadísima en punto de los honores que se deben á su clase, y nada perdona en esta materia; gusta de la pompa y del fausto; cultiva amistades tiernas; mantiene conversaciones vivas; muestra complacencia en oír los equívocos impuros de un hombre profano, y por alabar su talento favorece la corrupcion de su corazón; es extremadamente delicada en orden á su hermosura; emplea en su adorno unos cuidados que si los empleara en adornar su alma con virtudes celestiales, las pagariais, Dios mio, con una eternidad de bienaventuranza: Pero la abnegacion de sí misma es un nombre que no conoce; acaso en toda su vida no se ha privado de un solo deseo por Jesu-Christo; y finalmente, toda su religion se reduce á los intereses de su

ho-

honor, y á cuidar de este cuerpo de barro en quien idolátra. O el Evangelio es una ley cruel, ó esta muger no es Christiana: Porque, ¿qué cosa hay menos compatible con el Evangelio, y por consiguiente con el Christianismo, que aquel regalo, aquella soberbia, aquel amor propio, aquella delicadeza de que no hace escrupulo? Pero no importa; el uso la asegura, y la hace creer que va por buen camino, porque aun no se halla en lo profundo del precipicio.

Este es hoy el capricho del mundo; se forma planes de religion; idea una moral acomodada, que reconcilia á Jesu-Christo con Belial, que ingerta en una raiz christiana las mas puras máximas del Paganismo; mantiene del mundo los placeres, la inutilidad, el regalo y ambicion; y del Evangelio una fé muerta é inutil; esto es, por una parte separa los pecados, y por otra las virtudes.

Acerca de esto se vive con tranquilidad en el mundo, y se espera sin temor, ¡ó Dios mio! vuestro terrible juicio, quando al mismo tiempo el Justo, retirado en un obscuro rincón, con el rostro pálido y deshecho, con el cuerpo flaco y extenuado con los trabajos de una larga penitencia, con el corazón purificado con el fervor de las oraciones, os pide con el Profeta que no entreis con él en juicio; repasa en la amargura de su corazón algunas faltas leves que le aumenta su piedad, y que solo han sido efecto de la inadvertencia de su flaqueza, y no se atreve á tener seguridad ni en el tesoro infinito de vuestras misericordias, ni en el penoso cumulo de obras santas, en que su fé descubre manchas: *Quid ista coecitate tenebrosius*; exclama San Juan Chrysostomo; el pecado algunas veces conduce al arrepentimiento, pero esta vida mundana siempre viene á parar en una triste y funesta impenitencia.

¿En qué no podrá engañarse el espíritu humano, pues se engaña en esto? ¿Qué precauciones podrán añadir

Hh 2

dir-

dirse, ó Dios mio, á las que habia tomado vuestra Sabiduría para dar á conocer á los hombres que la cruz y los trabajos les son tan indispensables como el Sacramento que los reengendra; y que es tan imposible el ser verdadero Christiano sin padecer, como el ser Christiano sin estar bautizado? ¿A qué se reduce todo el Evangelio sino á esta verdad? ¿Quántas veces se repite en él? ¿Y en quántas parabras bien claras la habeis comprendido? Además de esto; la religion, dicen algunos, no prohíbe todos los placeres; pero, Católicos, executad todas las austeridades que ella manda, y se os permitirán los placeres que no prohíbe; subid á la montaña como Maria; y supuesto que sin penitencia y mortificacion no hay salud eterna, ¿Os sacais acaso aquel ojo que os escandaliza? ¿Llevais aquella cruz que os oprime? ¿Rompeis la propia voluntad que os tyrantiza? ¿Castigais la carne á quien tanto amais? ¿Bebeis de aquel caliz de que es preciso beber para sentarse á la diestra de Jesu-Christo?

Pero yo no me admiro de que el siglo se engañe en este punto; en él todo camina sobre el pié del error y de la mentira, y siempre ha estado en posesion de juzgar falsamente de lo que concierne á la salvacion; pero esta ilusion halla partidarios aun entre aquellos que hacen profesion de la piedad, y aun puede decirse, que si fuera posible, casi caerian en este error los escogidos. Hay algunos que despues de una conversion ruidosa, viven tranquilos en su buena fama de piedad, aunque entregados todavia á todos sus defectos, altivos, colericos, vanos, apasionados, sin tener mas virtud que un método de vida mezclada de flaquezas, y de buenas obras; de tibieza, y de devocion; de gracia, y de amor propio; de Sacramentos, y de recaídas.

Algunas creen haber renunciado al mundo y á sus pompas, sin haber renunciado mas que á la confusion

y

y á los estorvos; se privan de las concurrencias ruidosas, pero frecuentan todos los dias otras menos públicas, y mas delicadas; no se entregan ya al público, ni se franquean á todos los importunos, pero entre personas escogidas gozan de todo el deleyte de la conversacion sin padecer sus molestias; han abandonado el juego excesivo, pero no la ociosidad y pérdida del tiempo; no tienen aquellas profanas ansias por hacerse amar, pero no las disgusta el ser queridas; finalmente, el solo nombre de pasion asusta su virtud, pero acaso solo se asustan del nombre.

Otra cree tener ya el cielo en prendas, sin poder contar entre sus virtudes mas que tener un director por vanidad, algunas confesiones arregladas, y estar escrito su nombre en todas las devotas Congregaciones de la ciudad.

Finalmente, otra se figura caminar con pasos gigantados en el camino de la justicia, no gobernandose sino por su antojo; interrumpe apresuradamente su método de vida, ya con la limosna, ya con alguna austeridad, y otras veces con el retiro; Dios tiene sus intervalos, si es licito decirlo así, y el mundo el corazón. Parece que vuestra Ley, ó Dios mio, mas durable que el cielo y que la tierra, es una ley incierta y variable; quitamos y ponemos en ella á nuestro gusto; la ajustamos al genio, á la edad, y al estado; en una palabra, cada uno se forma un Evangelio á parte; en el que halla el secreto de introducir sus flaquezas.

Sí, Católicos, el espíritu de la religion es poco conocido aun de aquellos que parece practican sus máximas; y aun hoy podemos reconvenir, como en otro tiempo reconvenia Jesu-Christo á sus Apostoles, á la mayor parte de los que hacen profesion de seguirla: *Nescitis cuius spiritus estis (a)*, no sabeis á que espíritu habeis sido llamados.

Apren-
(a) Luc. 9. v. 55.

Aprendamos, pues, con el exemplo de Maria, y enseñenos su fidelidad, que Dios no solamente nos pide una parte de nosotros mismos, los intervalos de tiempo, y algunas expresiones de fervor, sino todo nuestro corazon, todos nuestros deseos, todas nuestras acciones; en una palabra, una entera conformidad con el Evangelio, que debe ser nuestra regla en este mundo; pues él ha de ser nuestro juez en el otro: Sí, Católicos; seamos fieles á Dios, y despues de esto todo lo podemos esperar de su misericordia; contemplad quantas bendiciones siguen á la fidelidad de Maria. El Verbo empieza su ministerio, y santifica al Bautista; el Precursor salta antes de nacer; Isabél profetiza; aun la misma Señora, que hasta entonces habia ocultado las maravillas que el Señor habia obrado en ella, las descubre por un santo exceso de alegría, y exalta el poder y misericordia del Señor.

¿Quándo llegará el tiempo, ó Dios mio, de que atravesando á su exemplo estas fatales montañas que me separan de Vos, yo pueda, como ella, celebrar las maravillas de vuestra gracia? Avergonzado de mi tibieza, y de mi negligencia, hago vanos esfuerzos para acercarme á Vos; pero ¡ah! apenas he vencido una flaqueza, quando debilitado con la misma victoria, vuelvo á caer por mi propio peso, y me dexo arrastrar de otra; cansado de pelear continuamente conmigo mismo, me doy por ultimo á partido con mi amor propio; y para vivir tranquilo en mis pasiones, solo las niego el pecado, y las cedo todo lo demás.

Pero, Señor, ¿esta oposicion que conservo al pecado proviene de vuestra gracia? ¡Ah! si la memoria del deleyte profano pudiera parecer con el mismo deleyte; si yo pudiera vencerme en orden á los crueles remordimientos que trae consigo la culpa mortal, y vivir tranquilamente siendo pecador, ¿qué se yo lo que pudiera una ocasion con mi flaqueza? ¿Qué se yo si todos

mis

mis proyectos de virtud tendrian un triste fin? No, yo no aborrezco al pecado; amo sí mi tranquilidad; si vuestra Gloria fuera el sagrado principio de mi aborrecimiento, aborreciera todo quanto os desagrada; no se me veria caer todos los dias con tanta reflexion en unas infidelidades que tanto ofenden á vuestro amor; no se me oiria informarme tan amenudo de si es pecado mortal el usar de tal placer; bastariame el saber que os desagrada: Yo, á la verdad, no busco la inocencia, huyo sí de la inquietud; dichoso yo si de esta falsa paz no paso á una confusion eterna, desterrado para siempre de la paz verdadera que acompaña á la felicidad de vuestros Santos: Esta es la que os deseo. Amen.



DIS.